

lo cual dió auténtico testimonio Pedro Hernandez, secretario de Cortés ante quien pasó todo lo referido.

CAPITULO VII

Del modo con que se portó Fr. Bartolomé de Olmedo, con el gran Montezuma, el tiempo que le tuvo preso Cortés en los aposentos de su vivienda.

Ya hemos dicho cómo asistía Fr. Bartolomé al gran Montezuma en sus palacios deseando siempre reducirlo al conocimiento de nuestra santa fé católica, sin perder ocasion quando la habia de hablarle, en que no le procurase decir la verdad de nuestra adoracion al verdadero Dios, que crió el cielo y la tierra; y como luego á los principios dió orden al capitan Cortés de llevar preso al gran Montezuma á los aposentos de su vivienda, accion que nunca se acabará de ponderar por la más heroica de un valor incomparable, que en su misma tierra donde era ado-

rado, servido, temido y defendido de tan innumerables vasallos, un rey tan poderoso y soberano, lo prendiese un hombre sin mas resguardo que su valor y tan pocos soldados que le acompañaban, habiendole llevado en esta forma á su casa, y teniéndole preso en ella, aunque con toda reverencia y respeto, allí le asistían los españoles, unos porque lo guardaban, y otros y todos por que lo celebraban como gran Señor; era Fr. Bartolomé, quien con mas cariño lo atendía, y como Montezuma le miraba con reverencia, por la que reconocía le tenían Cortés y los demás capitanes, le cobró tanto cariño, que gustaba grandemente hablar con Fr. Bartolomé y preguntarle algunas cosas de España, de nuestro gran emperador Carlos quinto, y del modo de vivir y tratarse los españoles, á que le respondía el discreto religioso con tal suavidad y prudencia que cada dia dejaba nuevamente enamorado á Montezuma de su conversacion y doctrina.

De aquí tomó ocasion Fr. Bartolomé para irle introduciendo los misterios de nuestra santa fé católica y el conocimiento de nuestro verdadero Dios, explicándole con suavidad nuestra santa ley y sus misterios, y esto hacia por medio de un paje de Cortés llamado Orteguilla,

que por haber aprendido la lengua mexicana, se lo habia dado á Montezuma; este pues le decia en su lengua todo lo que le instruía Fr. Bartolomé, y el Montezuma la oía monstrando gusto en ello, y fué tanto lo que el discreto religioso le decia en todas ocasiones que le hablaba, que ya el gran Montezuma lo entendía muy bien y nunca le contradijo esta doctrina, aunque en el punto de derribar y detestar sus ídolos, siempre le repugnaba; y segun respetaba Montezuma á Fr. Bartolomé y el gusto y suavidad con que le oía, es muy de creer que si estas amistades duraran, y no se interrumpieran con las guerras que despues por esta prision dieron los indios á los españoles, y que por último costó la vida á Montezuma, lo hubiera reducido á nuestra fé el espíritu y eficacia de Fr. Bartolomé; pero són justos juicios de Dios, á que debemos rendir los nuestros.

Estando en esta prision el gran Montezuma, deseaba ir al gran Cú para hacer oraciones y sacrificios á sus Dioses, y para ello pidió licencia al capitan Hernando Cortés, el cual deseoso de darle gusto en todo lo que se ofreciese, le dijo que fuese muy en horabuena, pero que advirtiese no dar ocasion á que los suyos alborotasen la gente, ni nos diesen guerra porque perdería la

vida, y que para ésta guardia iban con él asistiéndole cuatro capitanes de los nuestros, y así mismo que no sacrificase indios à sus dioses, ni hiciese algunas de las abominaciones que solian hacer en órden à sus adoraciones, y que para ello iba en su compañía el Padre Fr. Bartolomé, el cual iba muy encargado de no consentir cosa alguna de las referidas, por que siempre el respeto que el Montezuma tenia al venerable varon, le retraeria de estos pensamientos; y aunque no sucedio así, porque sabiendo los Papas de Montezuma que iba á visitar á sus dioses, ya le tenian desde la noche antes, sacrificados quatro indios; pero tuvo con esto ocasion Fr. Bartolomé para reprehenderle ásperamente, y predicarle con gran fervor abominandole aquellos sacrificios detestables, y la limpieza de nuestra santa ley, que no usase semejantes fealdades ni tan fieras crueldades para obligar á nuestro verdadero Dios, sino la suavidad de nuestras oraciones, y los sacrificios incruentos y limpios de nuestros corazones, y aunque le reprehendió de esta suerte, se quedó por entónces suspenso el negocio, sin instar mas en ello, por que andaban muy inquietos los indios, capitaneandolos para la conjuracion contra los españoles, los

sobrinos de Montezuma por la prision de su tio.

Tan gustosamente oia Montezuma las suaves doctrinas de Fr. Bartolomé, que no habiéndose contentado Cortés con haber hecho la forma de capilla ó iglesia en los aposentos de su vivienda, con licencia que para ello le dió á Fr. Bartolomé el mismo Montezuma; deseoso Cortés de que se borráse en los indios la memoria de sus ídolos y falsos dioses, y tratando de derribar éstos del gran Cu de Tlatilulco, en esta ocasion que Montezuma salió para él, á sacrificar à sus dioses, se le entró Cortés acompañado con Fr. Bartolomé, habiendo mandado á sus demás capitanes le dejasen sólo à él y al religioso que querian hablar solos con el gran Montezuma, y entónces le dijo, que ya que no queria que se derrocaran los ídolos del gran Cu ó adoratorio, que les diese licencia para hacer un altar en un lugar apartado de aquellos ídolos en el mismo Cu, y poner en él un Santo Crucifijo y una imágen de Nuestra Señora Santa María, y que así verian cuan bueno era ésto y cuan provechoso para sus almas, para su salud, buenas sementeras y demás felicidades; y respondió Montezuma que lo consultaria con sus papas: en fin, se hubo de conseguir y se hizo el altar en el mismo Cu, apartado

de aquellos abominable dioses, en que se colocó una Santa Cruz y una imágen de Nuestra Señora con toda devocion por mano de Fr. Bartolomé, el cual celebró con todos nuestros capitanes y soldados la fiesta, cantando él la misa y ayudándole el padre Juan Diaz; y así mismo mandó que se pudiese en aquel lugar un soldado viejo que cuidase del nuevo altar, y rogó á Montezuma que mandàse á sus papas que no estorbasen dicho oratorio, ántes sí que cuidasen de barrerlo y limpiarlo, quemar incienso y poner candelas continuamente que ardiesen en reverencia de nuestro Dios y de su Madre Santísima.

CAPITULO VIII.

Del origen que tuvo la Santísima imágen de Nuestra Señora de los Remedios y como fué su principio por mano de Fr. Bartolomé de Olmedo.

Habiéndose erigido el dicho altar en el gran Cu de Tlatelulco, como queda referido en el capítulo antecedente, y colocado en él la Santa Cruz y la imágen de Nuestra Señora; y teniendo como lo tengo por cierto que ésta dicha imágen que se colocó en dicho altar, es la misma que hoy dichosamente se goza en esta ciudad, que se titula Nuestra Señora de los Remedios, en su santuario que está cerca de tres leguas de ésta ciudad á la parte del Poniente, me ha parecido conveniente poner aquí su origen y el modo milagroso con que se halló en el cerro

donde hoy está su Santuario, y no será fuera de nuestra historia su narracion por haberse colocado en el dicho altar del gran Cu, por mano del P. Fr. Bartolomé de Olmedo.

Para lo cual asiento lo primero, que la venida de ésta imàgen á este reino, fué trayéndola un soldado de los que vinieron á la conquista con el capitán Hernando Cortés, como lo refiere el maestro Fr. Luis de Cisneros de nuestra sagrada religion, hijo de éste convento de México, y varón de singulares prendas, que le hicieron ocupar los mayores puestos en la religion, y la cátedra de vísperas de Teología en esta real universidad, con singular aclamacion de todo el reino; el cual por su singularísima devocion que tuvo á esta Soberana Señora, compuso un libro, de su origen y milagros, y se imprimió en esta ciudad por principios del año de 1621 con todas las licencias y aprobaciones necesarias, en el cual á su principio prueba haberla traído el dicho soldado que vino de los reinos de Castilla á la conquista de éstos; no quiero detenerme en este punto, que no nos importa á nuestra relacion, véase al dicho padre Maestro Fr. Luis de Cisneros en dicho libro, capítulo quinto y sexto, y vamos á lo que conduce á nuestra historia.

Habiendo pues tenido siempre consigo el di-

cho soldado la Santa imàgen, se trató de hacer el altar que queda referido en el Cú grande donde para su adoracion tenian los indios, el ídolo Huichilobos y Tetzcatepuca, y allí se fabricó la iglesia y ermita donde se decia misa y hacian los oficios de la Iglesia. Y siendo así que el Padre Fr. Bartolomé de Olmedo, era el pastor de aquellas ovejas españolas, quien las regía y gobernaba en todo lo espiritual y daba todo el pasto para sus almas, es cierto que por sus manos corrió el poner aquella Santa Imàgen en aquella ermita del gran Cú y que dedicó aquella nueva iglesia de nuestra Señora la Virgen María, como lo hacia siempre en todos los lugares que se conquistaban segun queda referido; donde estuvo su Divina Magestad, celebrada y asistida de los españoles, y administrado su culto por el Padre Fr. Bartolomé, hasta que se encendió fieramente la ira de los indios, aquel día de la noche triste, cuando viéndose estos con grandísima pujanza de ejército y armas, contra el ejército español, los pusieron en huida, matando mucha gente de la poca nuestra, y haciéndolos retirar á los cerros altos y montuosos que hoy llaman de los Remedios. Entónces, viéndose los indios victoriosos y ya más desahogados de la guerra y retirados de españoles, se fueron al

cerro de Tlatilulco à poner otra vez sus ídolos famosos en la reverencia que antes los tenían, y para conseguir esto, pretendieron quitar del altar la imàgen de nuestra Señora que habia colocado en él el Padre Fr. Bartolomé y para ello hicieron grandísimas diligencias, pero todas les salieron vanas, pues certifica el Maestro Cisneros, de varios antores, que à los indios que llegaban á quererla quitar de aquel lugar lugar se les secaban los brazos, y quedaban casi inmóviles, y aturdidos, y viendo esto, pusieron una maroma, que estando pendiente de la Santa imàgen, tiraban de ella muchos indios con toda fuerza para derribarla al suelo, y tambien les salió vana esta diligencia, pues aun de esta suerte, no la pudieron mover del altar: lo cual me parece que resistió la Soberana Señora, no por que entónces estaria bien hallada en aquel lugar tan inmundo, à vistas de las idolatrías de aquellos indios y de sus tórpes sacrificios; sino para mayor confusion de ellos y como dándoles á entender que se habia de quedar en esta tierra para su mayor consuelo de ellos, para quitarles la ceguera de su falsa adoracion á los ídolos; y abrirles los ojos para que conociesen la luz del verdadero Dios que habian de adorar.

Pero aunque no la pudieron mover de aquel

lugar, vemos que despues de muchos años, que serian veinte poco más ó ménos, desde que la santa imàgen estuvo en el Cú de Tlatilulco en el altar de los ídolos, hasta que la halló el indio Don Juan en el cerro y bosque donde hoy tiene su ermita; se le apareció al dicho Don Juan en dicho bosque, sin saberse como llegó á dicho sitio; algunos discurren, y el dicho Maestro Cisneros es de este parecer, que el dicho soldado que la trajo de España, viéndose tan hostigado con la guerra de los indios aquella noche triste y como sin esperanza de volver à esta tierra pues se veian en huida, por no apartar de sí tan favorable compañía, ni dejarla en poder de aquellos fieros enemigos, se habia arrojado al Cú donde estaba la sagrada Imàgen y la habia sacado y llavándola à escónder entre unos magueyes y arboledas que habia en el sitio donde hoy está la ermita, que fué el lugar donde se guarecieron los españoles aquella noche triste y despues algunos dias, y que allí la habia hallado el indio Don Juan à los veinte años, cuando se trató de labrarle la ermita en que hasta hoy está la Soberana Señora.

Pero esto no parece verosímil, por que no es creible que habiendo estado los españoles aquellos dias tan sumamente acosados de la multitud

de indios enemigos, que los hicieron huir hasta el cerro donde como dicho es, se guarecieron, tuviese tiempo ni ocasion el soldado para poder llegar ni subir al alto Cú de Tlatilulco para sacar de él la sagrada imágen y llevarla al cerro y bosque de Tacuba; y lo otro si habiendo huido los españoles aquel dia y noche triste, se fueron los indios al Cú de su ídolo Huichilobos y allí procuraron, como queda dicho, quitar á la Santísima Virgen del altar que le habian hecho los españoles, y donde la habia colocado Fr. Bartolomé, y dicen los autores que no pudieron moverla de allá ni aun tirandola con maromas, luego es cierto que cuando huyeron los españoles se quedó la Santísima Virgen en el altar de aquel Cú, y que viendose estos y especialmente el soldado su devoto sin la presea de todo su cariño y devocion, sentirian en su alma la pérdida de su tesoro; y parece segun lo referido, que se quedó en aquel Cú, la Santísima Imágen por entóces.

Con que resta ahora saber como pasaria esta Soberana Imágen al cerro de Tacuba donde la halló milagrosamente Don Juan el indio; y yo digo que seria desapareciéndose la Señora de aquel abominable adoratorio de los ídolos, y pasando al cerro donde queria la Santísima Vir-

gen que la labrasen la ermita, como se hizo despues, y permanece hasta hoy, por que esta accion la sabe hacer la Soberana imágen muy continuamente, como le sucedía al dicho indio Don Juan, que teniendola escondida en su casa con todo cariño se le desaparecia y se iba otra vez al cerro, donde primero la halló y aun teniendola encerrada en una arca donde con devota sencillez le entraba algo que comiese; volvia á abrir el arca y no la hallaba, y le daba el devoto enamorado algunas quejas diciéndole, ¿qué como se le iba de su casa? ¿qué si allí no la tenia con toda reverencia y cariño? y seria sin duda por que no queria más casa ni más albergue que el de su ermita que deseaba; y aun despues acá ha sucedido alguna vez, haber grandísima sequedad en el tiempo y llegar el mes de Julio sin que llueva una gota de agua, de que se originan gravísimas enfermedades en la ciudad de México por los horribles calores que ocasiona la canícula, y falta de las sementeras, porque les falta la humedad de las aguas, de que resulta mucha mortandad de los indios y de los ganados por el hambre; y el total alivio para todo es traer á la ciudad, esta soberana nube, para pedirle la fertilidad de la tierra con sus aguas, á quien se hace un novenario solemnisimo en la Santa Igle-

sia Catedra!, en que siempre que ha sucedido, se experimenta que lo mismo es salir de su ermita la sagrada Imágen, que empezar á abrirse las nubes y llover con tanta abundancia que en breve tiempo se restaura toda la fertilidad que ha faltado; y para haberla de traer, se hacen escrituras auténticas, con pacto de volverla á su ermita acabado el novenario, con la misma pompa y solemnidad de procesion que trajo á la ciudad, y ha sucedido dilatarse algunos dias despues del novenario sin volverla, porque la grandísima devocion del pueblo no permite que se les quite tan gran tesoro, y también porque las religiosas monjas de los conventos piden con encarecimiento se les lleve á sus conventos para celebrarla como á Madre de su esposo, y para suplicarle el remedio de la ciudad en los daños que padece, y entónces se ha visto que se aparece en su ermita, ántes que la lleven en procesion, con que se reconoce la acostumbrada propiedad de esta Sagrada Imágen en ausentarse de cualquiera lugar donde la llevan, para asistir solo en aquel misterioso cerro que su Soberana Magestad eligió para su habitacion, y que así seria sin duda la ausencia que hizo del Cú de Tlatilulco, para el cerro de Tacuba.

En este cerro la halló dichosamente el indio

D. Juan; y porque no conduce á nuestro intento, dejo de referir el modo y circunstancias de tan feliz hallazgo, y voime sólo á lo que hace á nuestro caso, que es el motivo de esta relacion; y fué el caso que teniendo D. Juan el inestimable tesoro de la Santísima Virgen en su pobre choza, tan escondida que sólo él lo sabia; se trató de hacer convento en Tacuba, para la vivienda de los religiosos de Nuestro Padre S. Francisco, y la Iglesia para la administracion de doctrina á los indios sus feligreses; en cuyo edificio trabajaban los indios de la jurisdiccion, que en esto son muy devotos, y tienen grandísima inclinacion à todo lo que toca al culto divino; sucedió pues, que trabajando en este edificio los indios, asistia á la obra D. Juan, y aún él mismo trabajaba personalmente por su devocion, y no por obligacion, por que era cacique principal, y yendo entre todos levantando una columna para afirmarla en el templo, se deshizo y cayó cogiendo debajo por la mitad del cuerpo à Don Juan, dejándolo molido y casi muerto; al punto lo envolvieron los otros indios en sus mantas, y lo llevaron á su casa, juzgando todos que iba ya muerto ó muy cercano á morir, allí lo entraron, y viéndose à solas con la soberana huespeda que tenia escondida, le comenzó á hablar, di-

ciéndole muchas ternuras, entre algunas quejas que le daba muy respetuosas, sobre que teniéndola con tanto amor en su casa, y que sólo podía dejarla por irse á trabajar en la obra del templo que se hacia para Dios, no lo habia defendido de aquel peligro de la columna, ántes si permitido que cayese sobre él y lo hubiese puesto en riesgo próximo de morir; que pues la tenia por su amparo lo sanase para mejor servirle y gozar de su amable compañía. Pero, oh mila grossa Señora; al punto que oyó á su amante lastimado, le prometió la salud; y para que la consiguiese instantáneamente le dió un cinto de baqueta diciéndole que se ciñese con él y se levantase sano, como sucedió al instante; este cinto está y se conseava hasta hoy en el Sagrario de dicha ermita donde se guarda la Santa Imágen, y con él ha obrado nuestro Señor muchas y grandísimas maravillas de salud á enfermos y vida á desesperados de ella como prendas de tan Soberana médica de almas y cuerpos.

Diversas opiniones hay sobre el origen de este cinto: el Padre Maestro Fr. Luis de Cisneros en el libro que dispuso del origen de esta soberana Señora de los Remedios, refiere este suceso de la columna con Don Juan, en el capítulo sétimo, diciendo lisa y llanamente lo que

pasó en el milagro que hizo la Santísima Señora, dándole instantáneamente entera salud á D. Juan, para lo cual le dió un cinto de vaqueta con que se ciñese para sanar, en lo cual no hay autor que diga, ni se atreva á inquirir de donde tomó la Virgen Santísima aquel cinto, ni cuyo era, ni el motivo para que con él se hiciese el milagro, sólo el Padre Maestro Fr. Juan de Grijalva en la crónica que hizo de ésta provincia de S. Agustin de México, en el capítulo quince, quiere que éste cinto haya sido de un religioso de S. Agustin, llamado el P. Fr. Agustin de Coruña, que fué uno de los primeros religiosos que pasaron de esta sagrada religion á éste reino, y se dedicó á trabajar en una cantera que está cerca de la ermita, que hoy es de Nuestra Señora de los Remedios, con quien tuvo por la cercanía de su vivienda muy estrecha comunicacion, el indio cacique D. Juan; y para probar ésta opinion, impone dicho historiador muy grave calumnia al P. Maestro Cisneros, diciendo que obró con mucho cuidado en omitir en su librito esta noticia, de ser el cinto de dicho religioso de Nuestro Padre S. Agustin, como si el dicho Padre Maestro Grijalva estimara más el cinto de Nuestro Padre S. Agustin, que el dicho P. Cisneros, pues todos los ceñi-

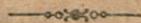
mos igualmente, y es muy de creer que si el dicho P. Maestro Cisneros hubiera hallado alguna noticia aunque fuese aparente, de éste caso lo hubiera puesto en su librito, en que sólo escribió aquello que era verdadero ó verosímil por las más ciertas noticias, y no por opiniones antojadizas, y por esto debió deponer en su librito la descripción de la ermita, las partes del edificio, las pinturas de las paredes y las coplas, y lo demás de que el dicho Padre Maestro Grijalva se mofa; porque todo lo referido era verdadero, y no puso la dicha opinión del cinto, porque fué autojo solo del dicho cronista, y ninguno que escribió de éste caso ántes del dicho Maestro Cisneros pensó tal cosa, ni aun el mismo Padre Coruña, como lo confiesa el dicho cronista Grijalva.

Yo no pretendo aquí desvanecer la dicha opinión, de que fuese dicho cinto de la orden de Nuestro Padre S. Agustín, ántes me holgara hallar algún fundamento verosímil para ello, que me persuadiese á ello, por lo mucho que amo y venero la cinta de Nuestro Padre S. Agustín. Pero como habla el dicho cronista con el maestro Cisneros pidiéndole «le dé alguna congruencia que tuviese al dar la Virgen aquel cinto para una salud milagrosa;» y dichò Padre no

puede responder porque es difunto, me es preciso á mí el hacerlo, y digo: que por lo mismo de no haber congruencia del cinto para el milagro, me persuado yo, à que sólo fué un instrumento que la Virgen Santísima quizo tomar para dar salud á D. Juan, sin más mira en ello que ser instrumento de la Santísima Virgen, abstrayendo de fuese ó no fuese cinto de la religion, como si la Soberana Señora hubiese tomado por instrumento un cordel de los que por acá tejen los indios, para que se ciñese, ¿diríamos que había sido el cordon de S. Francisco? no hay congruencia, si no es la que puede haber, es, que como si la Soberana Madre de Dios, no tuviese por virtud de su Santísimo Hijo poder para hacer milagros, se hubo de valer del cinto del Padre Coruña para que se hiciese el milagro; y sería muy grande sencillez ó bobería pensar ésto, como lo fué de una santa vieja que siendo devotísima de S. Nicolás de Tolentino à quien continuamente se encomendaba y à quien siempre le pedia remedio á sus aflicciones, sucedió que habiéndosele perdido una alhaja que le hacia mucha falta, se fué á una iglesia, y no hallando en ella á su querido devoto S. Nicolás, se puso en un altar de un Santo Cristo á llorar, y le decia «Señor mio Jesucristo, pedidle á mi

querido S. Nicolás, que parezca la presea que me falta. Extraña sencillez aunque nacida de una devoción tan ciega, como si Cristo Señor Nuestro, autor de los milagros, no pudiera hacer que pareciese la presea perdida sin la intervención de S. Nicolás. Así parece la devoción sencilla del historiador de éste caso, que quiere que la Virgen Santísima necesitase del cinto de la religión para el milagro de la salud de D. Juan; he dicho esto por satisfacer á la calumnia que le impone el Maestro Cisneros de haber callado con cuidado la circunstancia de ser de la religión de Nuestro Padre San Agustín, y en ella del P. Coruña el cinto con que mandó la Virgen Santísima de los Remedios que se ciñese D. Juan para conseguir la salud, y todo lo hereferido en este capítulo, para que se vea cómo Fr. Bartolomé de Olmedo fué quien colocó esta Soberana imagen en el altar que se hizo en el Cu de Tlatilulco, donde le dijo misa y celebró fiestas el tiempo que estuvo en él.

CAPITULO XI



De lo que Fr. Bartolomé obró en Cempoal y la prudencia con que se portó con Pánfilo de Narvaez para que Cortés ganase su ejército.

Estando el capitán Hernando Cortés con Fr. Bartolomé y sus nobles y valerosos capitanes en México, y tratando con el gran Montezuma de asentar fija la obediencia á nuestro soberano emperador Carlos V. y de introducir en ésta tierra la santa fé católica, y borrar de los corazones de los indios la abominable adoración de sus ídolos, pues para ello tenían ya su ermita y altar en el mismo Cu de Tlatilulco, y en él colocada la santa Cruz y la milagrosa Imagen de Nuestra Señora de los Remedios; llegó noticia de que había llegado á Villarica una armada, que se componía de diez y nueve bajéles, y en